

la cruz preciosa que Antón había hecho en la ciudadela del alto Egipto...

Después subió a las rocas, envolvió en una amplia mirada al desierto; la huerta, nunca acabada, que había cultivado; las benéficas palmeras que le habían alimentado; el arbusto que flor a flor le había marcado los años de penitencia; el regato, que había sido la frescura de su desierto. Y con un prolongado suspiro, tomando por el rumbo de las estrellas el camino del Sur y del Océano, volvió Onofre entre los hombres.

VI

El primero que encontró junto a una aldea que aparecía en un alto, toda oscura y de adobe, fué un viejo muy quebrado, inclinado bajo un haz de leña y conduciendo un jumento rucio, muy viejo también, ya manco, que cargaba un saco de grano... Y uno detrás de otro, el viejo en harapos, el jumento con llagas en el lomo flaco, iban jadeando y renqueando por una calzada pina, bajo el sol y las moscas, entre piteras polvorientas...

Humildemente, Onofre se acercó al viejo y recordó que, siendo más fuerte, mejor llevaría por aquella cuesta la leña y el grano... Y sin esperar el consentimiento del anciano, que apenas había comprendido, vago y senil, se echó al hombro el haz de leña, al otro el saco de grano, y de-

trás de su hombre y de su jumento, así aliviado de todo fardo, fué caminando contento y cantando los loores del Señor...

El viejo era siervo de una viuda pobre, imposibilitada, que sólo lo tenía á él y a aquel jumento y una huerta mal cultivada, de pocas hierbas... Onofre, en esa tarde, amasó la harina, partió la leña, acarreó agua del pozo, cavó el cebollar, sacó las espinas de los pies del siervo, lavó las llagas viejas del burro, y juntó al catre de la viuda, que era cristiana, para consolarla, le contó la pasión del Señor... Y así comenzó Onofre su obra entre los hombres...

Pero en seguida abandonó la aldea, que, rodeada de tierras fértiles, con pozos abundantes, en un clima muy benigno, no abrigaba en sus chozas ni indigencia ni males... La sencillez de esa vida no ofrecía campo de acción a un corazón sediento de humildad...

A dos estadios de la aldea sin embargo, estaba la vieja ciudad de Budastes, entre las Aguas Pelusíacas y el canal de Necio, donde cada año venía de todo Egipto la festiva peregrinación al viejo templo de Phtah, entonces dedicado a la Artemis Griega...

Budastes era rica en obeliscos y termas. Sus murallas formidables estaban cubiertas de estatuas. Y en las largas avenidas, al borde de los arroyos y estanques, bajo los sicomoros y las palmeras, todo el día las tabernas y las casas altas de las

cortesanas resonaban con cánticos y con orgías paganas...

El pretor romano era allí blando para los cristianos; pero la herejía desgarraba a la Iglesia, ya considerable y activa, de la cual era obispo Alejandro, hombre austero y rudo, que había guardado cabras en Galacia. Onofre fué a habitar en Budastes. Como sus largas barbas inspiraban respeto, y algunos fieles le saludaban en las calles, cortóse las barbas y cambió su zurrón de solitario por un sayal de esclavo. Se había convertido, en verdad, en el esclavo de los pobres. Junto al muro ricamente adornado de esculturas que cercaba el templo y los bosques sagrados acostumbraban juntarse desde la alborada enfermos y mendigos. Y allí, desde el alba también y después de la noche pasada en vela y en oraciones, Onofre trabajaba al servicio de los miserables, arreglando lechos de hojas para los viejos, lavando los trapos a la orilla del canal, cubriendo de hilas las llagas, matando los piojos en los cabellos intonsos... Después iba a mendigar para sus pobres por toda la ciudad, desde las casas más ricas, donde todos los perros le ladraban, hasta las tabernas de los canales o los chiribitiles de las prostitutas, de donde traía siempre en el saco algunas cortezas de pan, restos de pescado o una maquila de lentejas; y ni siquiera vacilaba en entrar en el templo de Artemisa; o al final de la larga avenida, en el templo de Hermes, a limosnear de los dioses paganos por la

mano de sus sacerdotes un poco de óleo para suavizar los miembros doloridos de sus enfermos. Otras veces alquilaba su pobre cuerpo descarnado para los más duros servicios y tiraba de la maroma de los barcos en los canales, acarreaba piedras para la reparación de las murallas, cortaba la leña en el cuartel romano para la cohorte, y las monedas de cobre que le echaban en la palma de la mano venía a traerlas corriendo a algún caserío donde sabía que había niños sin pan. De noche, con una antorcha, iluminaba a los trasnochadores o impedía que los ebrios, saliendo de las tabernas a orilla de los canales, rodasen al agua oscura. Como recompensa recibía ultrajes. Replicaba con bendiciones...

Y nunca como entonces había gozado de una paz tan perfecta. En el desierto, sus rudas labores de azada y riego para combatir la esterilidad de las arenas y contribuir a la realización de la divina promesa, no le daban alegría, y la fatiga con que de ellas salía era inquieta y melancólica. En la oración, que allí perennemente enviaba hacia el cielo, su alma no se desahogaba ni por ella obtenía del cielo el don de la apetecida misericordia, y había sólo un alma más torva delante de un cielo más mudo... Ahora, al contrario, el cansancio en aquellos largos días de caridad era completo, satisfecho e impregnado de dulzura, y la más corta oración, balbuceada aprisa, hacía descender de las alturas sobre su corazón como una

larga y vaga caricia, que le refrescaba deliciosamente... Pero el mejor bien logrado era la liberación del demonio. No había vuelto más el padre de las imposturas, en sus variables formas de seducción y de terror, y la tierra toda estaba para él limpia y vacía de Satanás, como un altar recién lavado...

En las ruinas de un templo muy antiguo, junto a las murallas, donde había escogido para cobijarse el mausoleo de un Faraón, bajo la tierra, había pintadas y talladas sobre los muros figuras execrandas, y era un lugar temido de los cristianos, porque todas esas imágenes se despegaban de la piedra por la noche, revivían y celebraban bajo la lividez de la luna ritos abominables. Pero para él sólo había en aquellas ruinas soledad y sosiego; y hasta observó que desde que las habitaba, en la estación de las lluvias, habían nacido en las junturas de las piedras flores silvestres que se ensanchaban, trepaban y ponían en derredor suyo y de sus prolongadas oraciones un perfume casto y grave, de capilla en fiesta...

Pero al final de un año que allí vivía, aquel terreno fué escogido por el pretor para la edificación de una ancha cisterna; Onofre, desalojado, dormía entonces en los corrales, y si los siervos le repelían iba a tenderse, contento, entre el fango de las calles. Tan descarnado se le había puesto el cuerpo, que los niños, jugando en la calle, en los barrios pobres, le llamaban el *Padre de la Muerte*.

Muchas veces le tiraban piedras o lodo. El se detenía, sonriendo, a recibir aquellos ultrajes como caricias...

Una noche, en que Onofre oraba bajo los árboles del canal, pasó sobre la ciudad, en el cielo, de Oriente a Occidente, una gran antorcha envuelta en humo. Los centinelas, sobre las murallas, soltaban sonos de bocina como en una alarma, y en las terrazas de las casas surgían figuras espantadas que se golpeaban desesperadamente en el rostro para conjurar el peligro. En seguida, al otro día, estalló un incendio en el barrio remoto, miserable, donde vivían los embalsamadores de cadáveres, y en breve fué por todo el caserío hasta el templo de Hermes una inmensa humareda... Onofre corrió hacia las llamas con la multitud que acudía en el terror de que fuesen consumidos los cuerpos de los parientes y de los amigos confiados a los embalsamadores.

Ya una hilera de esclavos y de ciudadanos mezclados se había formado por la calle hasta los canales para el acarreo de agua. Onofre, repeliendo el balde de cuero que distribuían los soldados, penetró entre las llamas donde los gritos eran más dolorosos... En seguida reapareció con chispas en la piel de la túnica, trayendo a un viejo a cuestas, y volvió a sumergirse seis veces en el brasero tumultuoso, trayendo a través de las vigas abrasadas de los techos, que se derrumbaban, niños, una mujer imposibilitada, un viejo, hasta un cor-

dero, que balaba entre sus brazos... Todo el cabello le había quedado abrasado de las quemaduras; de las piernas quedó para siempre cojeando...

Después que pasó su espanto, el pueblo acusó del incendio a los judíos y a los cristianos... Los más pobres, que no pagaban al templo de Artemisa un tributo secreto para evitar las persecuciones, fueron cargados de cadenas y arrojados a las ergástulas; Onofre, que por miserable no había sido perseguido, recorrió las prisiones consolando a los hermanos, arrodillándose a través de las rejas; y en la mañana en que fueron azotados delante de los pórticos de la Basílica, él, medio desnudo, enfrente de los flageladores, no cesó de cantar himnos, fustigando su cuerpo miserable y aun lleno de quemaduras, con disciplinas de hierro...

Impulsados por el viejo gramático Flaccus (1), algunos, más furiosos, asaltaban con piedras a Onofre, que injuriaba la majestad de la ley. Y ciertamente iba a ser lapidado y martirizado junto a una casa en obras, donde se había refugiado, cuando una gran lluvia, impetuosa y brusca, dispersó a la turba voceadora. Fué el agua del cielo la que lavó las heridas de Onofre.

La asamblea de los fieles era junto al mercado de pescado, en un tercer piso de una casa vieja, al

(1) Conservo la forma latina que da más la sensación de época, como suele hacerse en francés y en portugués, no nacionalizando el nombre, como solemos hacer en castellano.—*N. del T.*

fondo de una terraza, de donde no pasaban los catecúmenos aun no iniciados en el misterio de los Sacramentos o que estaban cumpliendo penitencia por culpas confesadas en secreto al obispo... Más allá de la puerta santa, guardada por el portero, cruzado de piernas en el suelo, con los tabularios que contenían el deber de los fieles, sólo había una sala vasta, desnuda, mal blanqueada, donde ardían doce lámparas... En el viernes que siguió a la flagelación de los hermanos, cuando Onofre, como siempre, descalzo, con el rollo de la Escritura metido en el seno de la túnica, penetró y se colocó allí humildemente en un rincón, todos le saludaron con el cántico que se debe a los mártires. Un diácono corrió murmurando ¡*Sanctum!*, ¡*Sanctum!*... para conducirlo junto a la mesa cubierta de lino blanco, que servía de Ara, y hasta el obispo Alejandro se levantó, apoyado en el báculo, para besarle en las duras mejillas... Onofre permanecía mudo, asustado con la veneración y sus loores. Y apenas acabadas las preces, después que los Hermanos trocaron el ósculo ritual, él corrió, pegado a los muros, como un culpable, hasta el Templo de Artemisa, junto a sus mendigos y a sus lisiados, y deliciosamente volvió a embeberse en la humildad...

Pero la fama de la caridad de Onofre era ya grande entre los hermanos, y una diaconisa, señora de muchas tierras y de muchos ganados, a quien la vejez y la dolencia impedían los ejercicios santos,

llamó a Onofre a su casa y señalando un cofre de cedro dijo: "Aquellos bienes eran para los pobres y para los pobres te los entrego. Llévate de ahí lo que quieras hasta que yo quede en seguida pobre también..." Onofre, con la voracidad de un avaro, metió las manos en el cofre y se marchó riéndose, deslumbrado, con los pliegues del sayal pesados de oro...

Entonces fué en Budastes el gran auxiliar de los miserables. A la alborada estaba ya en el Mercado, atascando un carrillo de legumbres y de provisiones, al cual se unía él como un animal, y que arrastraba por los barrios más pobres, dejando en cada morada el bendito pan de cada día... A las viudas dábales dinero, besándoles la orla de la túnica. Vestía a todos los niños... Y hasta había comprado un terreno donde andaba levantando un barracón para abrigar todas las vejeces y todas las enfermedades...

No cuidaba sólo de los cuerpos, sino también de las almas, a punto de emplear tres copistas pobres y que se inclinaban hacia la Fe, en preparar copias de las Sagradas Escrituras, que distribuía a los menestrales a la hora de la siesta, a los que descansaban bajo los plátanos en el patio de las Termas, y aun a los viandantes que llegaban con fardos por la Puerta Pelusica... A aquellos a quienes saciaba el hambre les contaba siempre suavemente cosas del Reino de Dios, donde todas las hambres son saciadas; y a los que en esa ciu-

dad del César eran, por condición, los más *infirmos*, les hacía confiar en el Cielo, en aquel Cielo azul y tan sereno que les cubría; otra ciudad verdadera y eterna, la ciudad de Dios, donde ellos serían los *supremos*, y tendrían más alegría que nunca tuvieron ricos senadores, abundantes en esclavos y tierras...

Pero a los gentiles les ofrecía la Verdad ligeramente y sin intransigencia; porque el hombre, por muy sediento que esté, repele con cólera el agua que manos brutales y autoritarias le quieran introducir entre los labios secos... No injuriaba a los Dioses ni a los Ritos. Y su enseñanza era toda para el corazón, contando la vida de los santos y su humildad y sus visitas a los caseríos y a los lugares, y su muerte, tan triste como la de un pobre esclavo... ¡Jesús sólo quería que los hombres se amasen unos a otros!... Para él tanto vale un alfarero como un procónsul y en su Reino no había esclavos ni tormentos. Para que él se alegrase, el rico debía participar con el pobre. ¿Qué era la vida sino una caminata larga y trabajosa que va de calle a calle?... Pero la vida, allá, en el cielo, a su lado, era la verdadera, y en ella los que habían trabajado descansarían, y los que habían padecido se holgarán, y los que habían obedecido mandarán... Y si fuereis buenos—decía—, vosotros, que desde la alborada hasta la noche trabajáis, tendréis gloria y seréis inmortales y bebe-

réis el vino del Señor: ¡y tal vez no suceda lo mismo al César!...

Así enseñaba en las calles miserables, a la hora en que los esclavos abandonan el trabajo, sentado ante una puerta amiga, con niños sobre las rodillas. Y cuando Onofre, besando a los hombres en el rostro o en la mano, humildemente, tomaba su cayado y se alejaba, siempre alguno de los que le escuchaban, obrero, esclavo, y hasta hombre libre y dueño de bienes, le seguía, y le iba a tirar por la punta de la túnica rota, y muy bajito, en una esquina, le preguntaba: "Onofre, ¿qué hay que hacer para pertenecer a ese Dios que es tan bueno?... Hasta un día, Simeón, un avaro, corrió detrás de él, apretando una bolsa, y balbuceó con la inquietud de un alma tentada fuertemente: "Onofre, ¿cuánto se paga para ser acogido por ese Dios tuyo?..." Onofre se echó a reír con una sincera risa... Pero Simeón, desde entonces, dió muchas limosnas.

Esta santa popularidad, que le traía a veces seguido de gente por las calles, suscitó, sin embargo, desconfianza entre los Diáconos, celosos de su autoridad espiritual. Y los judíos más viejos de la Asamblea veían con cólera que hubiese distribuído las limosnas de Petronila fuera de los barrios de los judíos y aun entre obreros paganos... Entonces, en la Asamblea surgieron murmullos; y Onofre fué acusado de recibir limosnas de las cortesanas, de aceptar óleos medicinales

de los arúspices, de frecuentar a los paganos y hasta de tender hacia las doctrinas de Marcos el Herético.

El Obispo Alejandro llamó al viejo a la casa pobre en que vivía y donde fabricaba esteras y ásperamente censuró su beneficencia indiscreta... Onofre besó llorando la túnica de Alejandro, y desde ese día no traspuso más la puerta de la Asamblea, quedándose fuera en la terraza, entre los penitentes, con la cabeza sobre las baldosas, que regaba de lágrimas, como en la expiación de un sombrío pecado... Por ese tiempo, la vieja Petronila murió, y sus herederos, ávidamente, invadieron la casa, con escribas del Pretorio que sellaban las arcas y cargaban con los tesoros. ¡Se había secado la ancha fuente de caridad que a través de él había refrescado tanta miseria!... ¡Y sus hermanos en Jesús no le amaban!... Onofre tenía entonces setenta años...

Comenzó entonces por la ciudad a mendigar para sus pobres. Pensó incluso en venderse como esclavo y ser pregonado en el Bazar, con la cabeza rapada, un rótulo en el pecho y los pies pintados de blanco. Pero ¿qué valía aquel su pobre cuerpo, descarnado y doblado, con las manos todas trémulas?... ¿Cincuenta dracmas? Y amarrado a una servidumbre no podría velar por los viejos, por los enfermos que dependían de su caridad... Ahora conocía todas las miserias de la ciudad, y su amor crecía a cada instante por aquellos mi-

serables a quienes ya no podía socorrer, y de quienes uno por uno sabía las hambres, las llagas, los dolores y la soledad... De noche, afligido, en los solares, en las ruinas adonde iba a orar, levantaba los brazos hacia el cielo mudo y gritaba: "¡Socorro, Señor mío, socorro!..."

Pero como el socorro no bajaba del cielo, cada mañana comenzaba de nuevo desesperadamente por la ciudad sus súplicas lamentables con una vieja caldera atada al cuello por dos cuerdas y las manos siempre extendidas... Así se detenía en las plazas o donde los canales se cruzaban, gritando: "¡Pan para los pobres!... ¡Pan para los pobres!..."

Era entonces la estación de las grandes lluvias; y aquel viejo, inmóvil bajo las gruesas cortinas de agua, con los cabellos blancos empastados sobre los hoyos del rostro y tirando de la pobre túnica pegada a los huesos, que le temblaban, causaba piedad; las limosnas caían resonando en la cazuela de barro. Por eso Onofre temía al cielo alegre y al aire suave, que, aligerando las almas, las desvían de la compasión...

A veces pasaban largos días sin que hubiese conseguido limosna o un trabajo, por muy vil que fuese, que le diera un salario. Y entonces iba por los caminos llorando en el silencio de la noche. Lloraba por las hambres que no podía hartar, por todos los males que no podía curar... Su misma miseria, su desnudez, su hambre, eran los únicos

consuelos; porque, al menos, le tornaban igual, por la miseria, a aquellos que amaba. Ese amor infinito e insondable era todo lo que podía dar a los pobres, sus hermanos. Pero salía del corazón tan intenso y ardiente, que Onofre pensaba a veces que podría, aun desde lejos, e invisible, consolar y dar esperanzas, como el sol, centro del calor, calienta y hace revivir... ¡Cuántas veces él alargaba los brazos en la soledad, con un deseo desesperado de poder apretar en ellos contra su seno a todos los que sufren, y con ellos morir, dejando este mundo poco piadoso!... Atormentaba entonces al cielo con oraciones ansiosas. Con los ojos puestos en las alturas, la mano extendida como si viese a Dios de cerca y le hablase, revelaba y recordaba a Dios, como a un Padre distraído, ciertas miserias en ciertas moradas; y murmuraba: "¡Señor mío, Señor de mi corazón, hay en la calle de las Tiendas una pobre viuda con tres hijitos, sin amparo, sin pan; vuelve hacia allá tus ojos piadosos!..." Y esperaba con los brazos extendidos la limosna de Dios, hasta que los brazos le caían cansados y cansadas le caían las lágrimas...

VII

En esto, una tarde, al anochecer, después de un día estéril en que nada había recogido para los pobres ni había encontrado trabajo, por muy vil

que fuese, que le rindiera salario, errando así junto a las murallas, perdido en estos dolores, y clamando por Dios, oyó de repente al fondo de una callejuela un llanto dolorido y agudo como es el de los funerales. Corrió, lleno de una gran compasión. A la puerta de una casucha de adobe, donde aun ardía la pobre lumbre de la cena, estaba estirado un hombre, con el rostro escondido en un paño y los dos brazos desnudos y blandos cubiertos de sangre negra... De rodillas, delante de él, una mujer desmelenada gritaba con largos ayes doloridos y lentos... Tres niñitos juntos abrían los ojos aterrados... Otras mujeres, de las casuchas vecinas, apiñadas en derredor, golpeándose en el rostro, soltaban largos ayes. Y los camaradas que le habían traído contaban a un soldado barbudo y rubio de la Legión Germánica, que se despertara con los gritos, cómo una gran piedra, cayendo de un andamio, en las murallas, había destrozado los dos brazos al miserable y le había derribado como muerto...

Onofre, a través de las lágrimas que le turbaban, recordaba aquella choza pintada a listas negras, aquellas criaturas casi desnudas, de grandes ojos abiertos. Ya allí, de fijo, había traído consuelo y pan. Y arrodillándose, quitó despacito los paños de la faz del hombre que yacía inanimado. Entonces reconoció a un pobre llamado Ozías, esclavo de un hombre cruel, un contratista de obras... ¡Oh, pobre Ozías!... Desde largos meses tenía

aquella mujer enferma y consumiéndose, y apenas podía, con el salario de la servidumbre, tener pan bastante para sus tres hijitos, contratados ya como esclavos. ¿Quién ganaría ahora a los tres desgraciados el pan inseguro? ¡Oh, dolor; oh, dolor!... Y entonces, en ese instante, el pobre hombre abrió lentamente los ojos, de donde corrieron dos lágrimas pesadas, y lentamente murmuró en un soplo débil de indefinible dolor:

—¡Ay, mis hijos..., mis pobres hijitos!...

Entonces Onofre, desesperadamente, todo tembloroso, alzó los brazos al Cielo, clamando:

—¡Oh, Dios misericordioso! ¡Oh, Jesús, mi Señor! ¡Por tus llagas y por todas mis oraciones, dame la vida de este hombre!...

Sus rodillas tocaron en el suelo. Y temblando, temblando todo, con los ralos cabellos erizados de terror divino, Onofre apretó contra sí el cuerpo inanimado, lo levantó y retrocedió...

Resonó un grito de pavor y de prodigio. ¡El hombre estaba en pie, con una sangre nueva en el semblante, estirando enérgicamente los brazos blancos, ¡reverdecidos y sanos!... ¡Milagro, milagro!... Todas las mujeres irrumpieron dentro de la choza, gritando, en un ansia de palpar y sentir la piel rehecha y caliente de aquellos brazos de milagro. El soldado barbudo de la Legión Germánica huyó, despavorido...

Y Ozías, como atontado, con lágrimas que le corrían sobre la risa del semblante, soltaba

los brazos, rechazaba a las mujeres, experimentaba la fuerza recuperada agarrando a los hijos, contemplaba con espanto los músculos retóñados, balbuceaba y gritaba:

—¡Estoy sano! ¡Estoy sano!...

Con el gran rumor, ya los vecinos abrían los boquetes de las puertas, levantaban en alto lámparas de barro. Y el clamor lanzado por los dos camaradas de Ozías se engrosaba y rodaba:

—¡Milagro! ¡Prodigio! ¡Fué Onofre! ¡Venid a ver!...

Pero Onofre había desaparecido. Como arrastrado por un viento fuerte, sin sentir los pasos vacilantes, había atravesado la plaza de los Obeliscos, había traspuesto la muralla derribada y caminaba junto al río, bajo el silencio de las estrellas...

E iba aún deslumbrado. A veces deteníase, alargaba los brazos y murmuraba: “¡Hice un milagro! ¡Hice un milagro!...” Onofre, el más humilde y rudo siervo del Señor en la Iglesia de Budastes, había hecho un milagro. Y no de esos tan fáciles y nacidos de la ilusión como los saben hacer los discípulos de Simón el Mago..., sino un milagro profundo, que había convertido la Muerte en vida, como sólo los habían hecho los hombres apostólicos después del Señor. ¿Por qué? ¿Por qué le era concedido un poder tan divino?...

Ciertamente había sido abundante en obras. Largos años gimió en el Desierto, largos años

sirvió con humildad a los hombres... Pero Alejandro había vivido en el yermo, había confesado la fe en los tormentos, había ganado innumerables almas para el Señor, era Obispo y era Santo; y sin embargo, nunca había hecho un milagro... ¡Y Palemo, Abad de Thebana, y Panucio, Abad de Antinöe, que gobernaban comunidades en la Tebaida, y recibían de noche de manos de Jesús la suma de la Regla Monástica, no hacían milagros!... ¿Por qué le había escogido el Señor a él, esclavo que mendigaba entre los esclavos?... Sin duda, porque su vida, sus largas penitencias y su oración habían satisfecho al Señor más que las de ningún otro, en ciudad o yermo!... El había realizado, pues, la obra sublime de contentar a Dios; y tan bien había limpiado su voluntad de toda culpa, y tan transparente y brillante de pureza la había hecho, que Dios desde entonces le confiaba en la tierra un poder transcendental... Pero entonces ¡era un Santo!... Aun atada con la cintura vil de su carne, su alma ya había recibido del Señor su santificación... En breve, liberado de la carne y de su miseria, ascendería fácil y naturalmente a aquel cielo salpicado de estrellas... Entre esos divinos luminares habitaría, enterrando los pies desnudos en el azul suave, viendo la faz del Señor sonreír en el resplandor inefable... De la tierra subirían hacia él, Onofre, largas espirales de oraciones, y los restos de su arcilla mortal, sus huesos, recibirían también la

veneración de los hombres, guardados en sagrarios, entre lámparas y flores... ¡Oh, maravilla!...

Pero aquel poder del milagro ¿sería perdurable, constante, mientras viviese? ¿Podría él ahora, con seguridad, curar *todas* las heridas y sanar *todas* las miserias?...

Y una inquietud oprimía el corazón de Onofre. ¡Si aquel milagro hubiese sido aislado y único! ¡Si mañana, ante un verdadero y profundo dolor semejante al de María, hermana de Lázaro, él se encontrase de nuevo impotente para mitigarlo, como antes de su penitencia en el Desierto. ¿Había sido él por su voluntad quien había curado los brazos mutilados de Ozías, o había sido la voluntad de Dios la que había obrado, pasando a través de su alma como el sol a través de un cristal?... ¡Si probase!... ¡Si probase allí mismo bajo el testimonio de las estrellas!...

Más allá, el río había inundado huertas humildes, empobreciendo a los colonos. Si él caminase hacia el río y le gritase: "¡Vuelve a tu lecho, abandona esos campos que estás asolando!..."

Y ya caminaba hacia el agua, dispersa en anchos pantanos, que relucían como discos de acero. Mas lejos, la inundación había invadido caseríos, de los cuales se veían los tejados de rastrojo o las azoteas de adobe, casi derrumbados, y las puntas de los tamarindos que otrora delimitaban los campos... Un gran surco de luna temblaba en el

agua inmóvil, y había una enorme mudez de abandono y de ruina...

Onofre miró en silencio, apoyado en su bordón. Lejos, una blanca fila de cigüeñas dormía frente al agua, cubierta de nenúfares. Si a su intimación aquellas aguas se recogiesen a su lecho, dejando enjutos los caseríos y a más abonadas las tierras, de fijo estaba entonces consolidado su poder sobre las cosas... Y en la ansiedad de una certeza levantó despacito el brazo, clamó, estremecido de emoción y de temblor:

—Río, recógete a tu lecho...

Toda el agua tembló. Los pantanos, que brillaban, se sumieron bruscamente, dejando un limo denso y pastoso; y más allá, los caseríos, los tamarindos, los papiros, emergían lentamente del agua, chorreando y reluciendo a la luz de la luna... El río obedeciera a Onofre, y un estremecimiento corría sobre la tierra y el aire, como el de un terror sumiso ante una presencia divina...

Entonces una alegría sobrehumana se desbordó en el corazón de Onofre. ¡Era de él, era de él, y permanente, el Don del Milagro!... Y en su deslumbramiento, corría a través de los campos, con los brazos abiertos, como para acoger y estrechar al Universo doliente. ¿Dónde había ahora llaga que él no sanase? ¿Dónde había madre bañada en lágrimas, sobre un ataúd, a quien no restituyese el hijo? ¿Dónde había esclavo a quien no redimiese?... ¿Dónde había tierra estéril de dónde no

hiciese brotar las legumbres y el vino? "¡Oh, hermanos míos, hermanos míos, no temáis más!... ¡Onofre puede y está con vosotros!..."

¡Ah, cuánto le quería Dios!... Pero también ¡qué obras! Por cada día de hambre que había arrostrado en el Desierto, el Señor le daba ahora el poder de saciar el hambre de un hogar. Y porque se había rebajado él a tanta humildad, ¡ascendía ahora a tanto poder!... ¡Un poder insondable y magnífico, que descendía hasta los oscuros reinos de la Muerte!... César no tenía más poder. Con sus Prefectos, sus Lictores, sus Legiones más vastas que las aves del aire, sus máquinas de guerra rodando a través de la tierra, César sería impotente para detener una gota de agua, cayendo de una nube... Y él, Onofre, esclavo de esclavos, sólo con extender el brazo, hacía retroceder las corrientes del Nilo, el gran río que desciende del Paraíso... Si era más poderoso que César, debería, por la manifestación de ese poder transcendente, forzar a César a reconocer la verdad...

Ni Pablo, ni Marcos, ni Bernabé, habían deslumbrado suficientemente a los gentiles. Intimaciones, oraciones en el *Forum*, Epístolas llenas de argucias, ¿qué importaban? ¡Los paganos tenían un saber sólido y retóricos más rebosantes de facundia no los había!... ¡Sólo por el milagro se podría triunfalmente probar a Jesús!... Pues bien; él, Onofre, iría a Roma... Si las olas crue-

les asaltasen la proa de su galera, amansaría las olas, y derramaría los prodigios a lo largo de la carretera que le llevase a la ciudad... En los atrios de César, ante aquella faz que asusta y llena de sombra al mundo, él diría con sencillez: "¡Adorad al Señor!..." ¡Y quebraría como retoños secos las espadas que se levantasen contra su pecho!... ¡Con un soplo derribaría los ídolos de bronce más eterno!... Y si contra él se levantasen, en el Pretorio, Filósofos o Gramáticos, él inmediatamente les secaría las lenguas impuras en las bocas impuras, o les haría ladrar como perros a la luna... Roma temblaría toda bajo el influjo de sus prodigios, como una cabaña bajo el azote del viento...

Y cuando César, vencido, arrastrando la púrpura por el polvo de su atria, le preguntase: "¿Qué quieres?"..., él diría entonces con sencillez: "El mundo para devolvérselo a Dios..." Y a Dios le daría, en efecto, las ciudades y los hombres... ¿Por qué no?... En verdad, ¡él sería como César!...

Y con el rostro erguido hacia lo alto, en su inmenso sueño de orgullo, Onofre se rió desenfrenadamente... ¡Era César!... Entonces, prolongada y áspera, otra risotada sonó detrás de él en la soledad. Y en un terror, Onofre miró en derredor ansiosamente. "¿Quién se ríe?", exclamó. Aquí y allí, a través del aire, tan sereno y bañado de luz, la risotada áspera y lenta saltaba

y estallaba... Y ya las rodillas de Onofre, temblando, se postraban en tierra, cuando largos dedos blandos lo empujaron y una voz acudió, más dura y seca que el rodar de los guijarros:

—¡Oh, Onofre! ¡Oh, César que todo lo puedes! ¡Mira el río! ¡Mira el río! ¡Desde lo alto de tu orgullo, oh, mi hermano, mira el río!...

Delante de Onofre, hasta las colinas, hasta los muros derribados de Budastes, el Nilo había crecido, más ancho, más devastador... La luna brillaba sobre las aguas... Las cigüeñas huían en silencio. Y una onda fría que se removía encrespada, moría ya a los pies del viejo. Intentó retroceder, pero todo él se sintió apretado en aquellos dedos blandos, que se alargaban, se enroscaban, como serpientes frías en ramas de árbol... Entonces comprendió: su milagro había sido una ilusión del Demonio... Un largo grito irrumpió de su alma: "¡Jesús!..." Y cayó en tierra, cubierto de un sudor tan frío, que pensó que era el agua que lo devoraba...

Cuando se levantó—con tantas y tan densas lágrimas que apenas podía a través de su niebla encontrar el bordón en que se apoyaba—fué para considerar el pecado insondable en que se había despeñado... Como antaño, en su cueva del Yermo, había caído por el orgullo... En su alma, tan bien defendida, el orgullo abriera a traición una brecha y por ella había entrado todo el infierno... ¡Oh, miseria incomparable!... Tan largos y

ardientes años había trabajado para limpiar su alma, que la juzgaba toda transparente y blanca y brillante como un agua muy pura en un cristal muy pulimentado. No sospechaba que, escondido en el fondo, aun quedaba un poco de lodo primitivo; y he ahí que el Demonio la invade y en ella se debate furiosamente y agita el lodo fundamental y la torna tan turbia y fétida como un charco pisoteado y hozado por una manada de puercos... ¡Oh miseria, oh dolor!... ¡Cómo él había ofendido audazmente al Señor toda la noche, bajo el testimonio de las luminarias divinas!... ¡Y de qué modos afrentosos y diversos le había ofendido, tomando como una fuerza de su virtud lo que sólo era una gracia caída de la misericordia de Dios!... Lejos de regocijarse con el pobre picapedrero y quedarse con él, en humildad, loando al Señor, había corrido lejos, a saciarse voluptuosamente, en la soledad, de sueños ardientes de soberbia y de gloria... Y en vez de aprovechar aquel prodigio, tan dulce y tan humano, para el derramamiento de la Verdad entre los gentiles, sólo lo había considerado ansiosamente como provecho de su ambición transcendental... ¡Oh, cuánto había ofendido al Señor!... En un momento había echado a perder una larga vida de penitencia para alcanzar la purificación!... La muerte ya se acercaba y el alma que tenía para restituir a Dios estaba cubierta toda de la lepra del mal... Y sin tiempo para limpiarla por la ora-

ción y por la humildad, ¡venía el infierno, el infierno ineludible! ¡Oh, miseria!...

Tranquilo con aquella infinita paz en que deliciosamente se movía, como en el aire inefable del Paraíso, se había olvidado del Demonio... Pero pacientemente, el Enemigo del Hombre rondaba en torno de él, sutil y mudo, como un viento de pestilencia. Y él respiraba tan profundamente ese viento pestilente, que cada uno de sus pensamientos fué entonces como una llaga que supura...

Con los pies enterrados en el fango, contemplaba el cielo como suyo ya, osando pensar que era un santo... Y entre aquellas estrellas había marcado su puesto para la Beatitud... Horrendamente desvanecido, calculaba, como un conquistador que cuenta sus coronas triunfales, las lámparas y las flores y las ofrendas que cercarían el altar donde reposasen sus huesos... Y seguro de la divinización, saboreó por anticipado las oraciones que por él se elevarían de la tierra... Y como si no le bastase en el cielo la Beatitud, había apetecido ya desde la tierra el Imperio... Soñaba con Roma y quería ver a César vencido y humilde, ofreciéndole el mundo como una fruta madura... ¡Siete veces insensato!... Que mientras así medraba horrendamente en soberbia y se divinizaba en tierra y cielo, el Demonio estaba en derredor de él y dentro de él, ocupando y saturando cada rincón de su ser, como el agua hace con una esponja...

¿Qué le quedaba? Sólo la penitencia; sólo la penitencia hecha en la soledad, lejos, muy lejos de las sospechas de los hombres, para que nunca pudiese ser echada a perder por los elogios humanos. Lejos, muy lejos de los hombres, porque toda virtud que entre ellos se manifiesta, en seguida que les arranca una admiración, está más llena de peligros que un aroma muy sensual o un cántico muy amoroso... La más humilde limosna, la llaga de un mendigo que se lava, una simple consolación, en cuanto se ensalzan, son peligros terribles para el alma, porque la persuaden de su caridad y excelencia... Por el bien que sembramos en los demás, sólo recogemos dentro de nosotros orgullo, y cada obra de nuestra caridad estropea la obra de nuestra humildad...

Sólo le faltaba buscar una cueva bien honda, y allí, tan profundamente, humillar su alma, que ella sólo por los ojos de Dios pudiese ser diferenciada del lodo o de las inmundicias...

VIII

Así Onofre gemía bajo el esplendor de las estrellas. Cuando la madrugada ya clareaba, agarró su bordón, y marchó hacia el lado del Desierto Líbico. Cuando ya las palmeras aparecían más raras y espaciadas, y en las arenas rosadas por el sol sólo brillaba aquí y allá alguna última